

Miércoles, 24 de Sept - 1943

No tenemos capitalistas...

En un bello poema rotariano que don Adolfo Ibáñez B. acaba de publicar en "El Mercurio", podemos leer, entre algunas de las más lindas estrofas que haya inspirado el acercamiento entre el capital y el trabajo, la afirmación de que en Chile no tenemos capitalistas ("la triste verdad es que no tenemos capitalistas"). Esta afirmación, que en un principio puede parecernos arbitraria, no es sino una verdad, aunque no veo por qué pueda ser una "triste verdad".

No quiere decir esto, sin embargo, que en Chile no haya individuos con capitales, no; los hay, y algunos con más de los que se sospecha. Lo que se quiere decir con aquello es que en Chile no existe el capitalista tipo Carnegie, Rockefeller, Morgan o Du Pont, es decir, el capitalista industrial, el capitán de industria. "Lo prueba el hecho -- dice el señor Ibáñez -- de que cualquier negocio de importancia, que en Argentina, Brasil o Perú, es emprendido por particulares, aquí solo puede financiarse por el concurso de miles de accionistas reunidos en sociedad anónima. Y las empresas realmente grandes (minas, centrales hidroeléctricas) no pueden ser afrontadas sino por el Fisco o por capitalistas extranjeros."

¿Qué hacen, entonces, nuestros capitalistas con sus capitales? Exactamente, no lo sabemos. Se puede asegurar, sin embargo, dos cosas: primero, que no son, de ningún modo, inclinados a despilfarrarlos, y segundo, que, habiéndolos adquirido por herencia, por especulaciones, por compra y venta de propiedades o por otros medios igualmente pasivos, o sea, no productores de riqueza social, son desconfiados y tímidos. La industria, con sus ingenieros, sus costosas instalaciones, sus mayordomos, sus miles de obreros y su complicado mecanismo, les produce terror, el mismo terror que, al revés, sentiría el ingeniero industrial que debiera quedarse en su casa jugando solitarios o pensando en el modo de conciliar el capital con el trabajo.

CELECH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

El ejemplo más elocuente que podría darse a este respecto, es el de don Federico Santa María, persona que, habiendo hecho ~~una~~ fortuna en especulaciones, no ~~tenía~~ ni siquiera libros de contabilidad; llevaba la cuenta en la uña. Dejó, sin embargo, como un voto de arrepentimiento, la Fundación que conocemos: allí, otros hombres, estudiarían para hacer lo que él jamás habría sido capaz de ~~realizar~~ hacer: producir riqueza social.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©